LA URNA DEL REFERÉNDUM

n.º 94 - 11 octubre 47

En manos del refugiado ha caído otro número atrasado del "ABC". Lleva fecha del 8 de julio y publica fotografías del referéndum en Madrid. Guardias, hombres y mujeres de todas las edades, y muchos niños, a la puerta de lo que antes llamábamos colegios electorales y que, por lo visto, conservan aun en el Imperio Azul ese mismo nombre que les dió la democracia corrompida "Bajo un sol abrasador —dice el "ABC"—, el pueblo de Madrid acudió el domingo ante las urnas a depositar su voto en el referéndum sobre la ley Sucesoria". Y ante las urnas aparecen: una viejecita vestida de negro, con un pañuelo negro a la cabeza; y unos caballeros con gafas de concha; y una joven que se vuelve para mirar al fotógrafo, con la esperanza de salir bien; y un fraile con flequillo, y un grupo de monjas muy resueltas y animadas; y los ministros de Franco votando, y don Esteban Bilbao con su esposa después de votar; y detrás de cada urna, unos señoritos haciendo de presidentes y de adjuntos de la Mesa electoral; y en medio de cada fotografía una urna de verdad, una urna igual que las que hemos conocido siempre en España, como una arqueta o un pequeño féretro de cristal, o, más exactamente, como uno de aquellos antiguos faroles de gas de las esquinas que hubieran colocado horizontalmente. Un caballero con lentes y barbita canosa, recogida hacia arriba, algo mefistofélica, que debe ser el presidente de un colegio, vuelca la urna después de extraer las papeletas, para comprobar que no queda ninguna dentro. "¡Nada en las mangas, nada en la urna!" El caballero de los lentes y la barbita lo mismo parece que vaya a sacar de la urna un referéndum que un par de conejitos blancos. Y en todas las urnas, papeletas, montoncitos de papeletas dobladas, que seguramente dicen lo que quiere el "ABC" que digan, y que después forman esas cifras fantásticas que, según otra fotografía del mismo "ABC", da a conocer don Blas Pérez, muy serio y solemne, a los corresponsales extranjeros, en su despacho del ministerio de la Gobernación: Número de votantes, 8.434.344; votaron que sí, 14.895.565; votaron que no, 18; se abstuvieron 32.

El refugiado se queda mirando esas urnas de las fotografías del diario ilustrado; su vista se fija en una cualquiera de las urnas del referéndum.

—¡Pero, hombre! —se dice—, me parece, me parece que esta urna la he visto yo ya en alguna otra parte...

¿Recuerda el lector la "diligencia deportada" que Tartarín encuentra en su viaje africano a Blidah, cuando va hacia el sur en busca de leones? Cuenta Alfonso Daudet que Tartarín se repantiga en la venerable diligencia, y se queda medio amodorrado, y empieza a ver a los demás viajeros cómicamente zarandeados por las sacudidas del coche, danzando como sombras grotescas, y luego se le enturbia la vista y se le nubla el cerebro, y apenas oye vagamente el chirriar de las ruedas y los quejidos que los tumbos arrancan al armazón de la diligencia; y de pronto oye una voz ronca, cascada, de hada vieja, que le llama por su nombre:

—¡Señor Tartarín! ¡Señor Tartarín! Soy yo, señor Tartarín ¿No se acuerda usted de mí?... Soy la vieja diligencia que hacía el servicio de Tarascón a Nimes, hace veinte años..."

Pues bien; el refugiado, ensimismado en sus recuerdos, tiene la vista fija y distraída, inmóvil y extraviada, en una de aquellas urnas del referéndum. De pronto oye una voz también cascada aunque no ronca, voz de latón y de cristal, que es como tienen la voz las viejas hadas electorales.

—¡Ciudadano refugiado! ¡Ciudadano refugiado! Soy yo, ciudadano refugiado. ¿No me conoce? ¿No se acuerda usted de mí? Soy la urna del 12 de abril...

—¡Anda! ¡Pobre vieja! ¿Y qué hace usted ahí, metida en esos trotes?

—Pues aquí me tiene usted, sirviendo para eso del referéndum. ¡Jesús, que palabrota! Mire que ¡para que me suene mal a mí, que soy urna electoral! Esta gentuza falangista no tiene ninguna consideración. ¿Los ve usted ahí tan seriecitos, detrás de mí, en las fotos del "ABC", como si formasen una mesa electoral de verdad? Pues son unos bribones que se han pasado la vida hablando mal de mí, injuriándome, escarneciéndome. Me tienen odio por lo del 12 de abril. Y no saben cómo vengarse. Ahora me han hecho hacer esto del referéndum para desacreditarme y deshonrarme. ¡Y eso que nosotras ya estamos acostumbradas, desde los antiguos tiempos de la monarquía, a que hagan con nosotras cosas feas! Ya supondrá usted que yo, que he oído contar a otras urnas más viejas lo que pasaba en tiempos de Romero Robledo y de Cierva y de Bugallal, y que no ignoro lo que es un pucherazo, no me voy a asustar ahora por lo que hagan estos individuos con su referéndum. Pero aquellos vicios de las viejas elecciones quedaron atrás, era cosa de las urnas viejas... Yo, ya sabe usted cuán purificada y redimida quedé el 12 de abril... ¿Recuerda usted, ciudadano refugiado? ¡12 de abril! ¡Qué día aquél! ¡Bonita estaba yo de veras aquel día, como un tiesto de albahaca, como un pomo de rosas! Debía ser cosa de la primavera. A raudales venía la gente a votar. Y todos con la papeleta republicana en la mano. ¡Aquello sí que fueron elecciones! ¿Lo recuerda ahora, ciudadano refugiado?

—¡No lo he de recordar! —dice el refugiado envuelto en las vagas nieblas del pasado.

—Así salió la República de mi cristal, ¡sin romperlo al mancharlo!— continúa la urna, melancólica pero gozosa al recordar su purísima concepción—. ¡Siete años me había tenido arrinconada la dictadura! Cuando salí de aquel 12 de abril creí que ya no volverían a encerrarme más. Luego, después de jugarme una mala pasada y de hacerme pasar un mal rato en noviembre del 33, volví a conocer la alegría del 16 de febrero del 36. Y ahora, tras otro encierro dramático... ¿No sabía Ud., ciudadano refugiado, que yo también he estado presa durante estos últimos años... Pues ahora, como le decía, tras otro encierro en el que he sufrido mucho, me sacan para esa farsa del referéndum... ¡Ay, que vida ésta! Una ha servido para elegir concejales, y diputados, y compromisarios, y, en los tiempos antiguos, hasta senadores; pues para eso está una; pero ¡mire usted, que venirme ahora a mí con ley sucesoria y con referéndum! ¡Parecen nombres de camelo! Y todo, según dicen, porque el Franco ese quiere ser elegido rey. ¡Se cree Napoleón!

—Pero ¿qué? —interrumpe el refugiado— ¿Es verdad que ha votado en el referéndum tanta gente como se dice?

—¡Pues no me ve usted aquí rodeada de frailes y de monjas! Quizás sea porque eso del referéndum parece latín ¡Referéndum es! Además, entre todos estos señoritos falangistas, ¿qué va a hacer una? Aguantar todas las papeletas que lo quieran echar dentro. ¡Luego han de decir lo que les convenga! Dirán que todos han votado que sí. ¡Bueno! Ahora estamos aquí en la época del estraperlo, y éste es un referéndum con estraperlo. Pero ¿usted qué hace, ciudadano refugiado? ¿Cuándo vuelve usted por aquí, y me rescata de esta gentuza, ¡hasta moros falangistas creo que han votado hoy! y hacemos unas elecicones de verdad y volvemos a nuestros buenos tiempos? ¡Ay, cómo recuerdo aquel 12 de abril!...

—Por mi parte, yo... —empieza a decir el refugiado.

Pero en ese momento se le escurre el periódico de las manos. Despierta el refugiado de su fugaz sopor. Y la pobre urna del referéndum queda allí, muda, humillada, triste, impresa con la tinta verdosa del heliograbado. El refugiado no sabe ya explicarse en ese momento si acaba de oír palabras de recuerdo o de esperanza.

EL VALIJERO

T la cabeza

A.P.C.E.
SIG.: 1.2g/1283